

CHRISTOPHER PRIEST



EL ÚLTIMO DÍA DE LA GUERRA

Premios Arthur C. Clarke
y
British Science Fiction 2003

En un 1999 distinto al que conocemos, el escritor Stuart Gratton, autor de un libro sobre el último día de la guerra, decide emprender la investigación sobre un tal Sawyer, mencionado por Churchill en un memorando y del cual nada se sabe, a partir de unas notas dejadas por una mujer en la librería donde firma ejemplares. Las diferencias políticas y de destino de ciertos personajes históricos llevan a pensar que estamos ante una historia alternativa, pero nada será como se cree en esta obra escurridiza, sorpresiva en los constantes giros de la historia que descolocan al lector cuando cree que ya está pisando terreno firme. Esta característica de deslizamiento continuo hacia zonas de extrañeza que no corresponden a lo fantástico, a la ciencia ficción, al realismo mágico o a lo real maravilloso mantiene el interés en la novela y hace de ella una historia interesante.

La obra es un despliegue de interrogantes e hipótesis, desde los históricos y registrados, como el aterrizaje de Rudolf Hess en Escocia; los supuestos, como el encuentro o no entre Churchill y Hess para acordar o no la paz entre Gran Bretaña y Alemania; hasta los de la ficción, como la verdadera identidad de Stuart Gratton, todos unidos por una fecha: el 10 de mayo de 1941. Pero el interrogante principal está centrado en los gemelos Joe y Jack Sawyer, separados por sus ideas sobre la guerra y por el amor de una mujer. A partir de la historia de cada uno, la novela se adentra en un sinuoso camino de identidades y realidades falsas, verdaderas o intercambiables, donde la crónica de Joe abarca la guerra desde 1936 a 1945, tal como la conocemos nosotros, pero falsa en el 1999 de Stuart Gratton; mientras, los testimonios de Jack comprenden los años 1940 y 1941, último año de la guerra en la novela. Estas vueltas de tuerca son las que impiden definir El último día de la guerra como una ucronía sin más, mostrando que su ambición y su desafío al lector va mucho más allá de retratar un mundo donde

Gran Bretaña y Alemania han firmado un armisticio, cambiando el curso de la historia. En este rompecabezas en el cual mientras más se avanza en su armado más piezas faltan, la vuelta al comienzo, al encuentro de Stuart Gratton con la mujer en la librería, dispara otra novela y otro sentido, más cercano a los universos paralelos que a la historia alternativa, más próximo al extrañamiento de la realidad que a lo fantástico.

Christopher Priest no busca la complacencia del lector, lo atrapa en una trama que puede resultarle decepcionante hasta el enojo en su final, pero pasada esa impresión, la originalidad y el humor implicado en ella lo redime, y hacen a esta novela un libro recomendable.

A Paul Kincaid

PRIMERA PARTE

1999

1

En la tarde de aquel jueves de marzo, la lluvia caía sin parar y el pueblo estaba velado por unas deprimentes nubes grises y bajas. Stuart Gratton, de espaldas a la calle, estaba sentado a una pequeña mesa junto al amplio ventanal de la librería; cada tanto se volvía para echar un vistazo fuera, al lento movimiento de los coches y camiones y a los peatones de mirada esquiva que pasaban entre los charcos con los paraguas encajados sobre los hombros.

En la mesa, ante él, había una copa casi vacía y, junto a ésta, una botella pequeña de vino del Rin, medio llena. Al lado de la botella, en una fina copa de champaña, una única rosa roja se mantenía muy erguida en el agua. A la derecha de Gratton se veía una pila de ejemplares en cartóné de su más reciente libro, *The Exhausted Rage*, un reportaje que relataba las experiencias de algunos de los hombres que habían participado en la Operación Barbarroja, la invasión de la Unión Soviética llevada a cabo por el ejército alemán en 1941. A la izquierda del escritor, en el borde de la mesa, había dos pilas más pequeñas de ejemplares de otros dos de sus libros, ambos reeditados en rústica al mismo tiempo que el nuevo de tapa dura. Uno de los títulos era *The Last Day of War*, el libro que, publicado en 1981, había consolidado la reputación de su autor y que se reimprimía regularmente desde entonces. El otro se llamaba *The Silver Dragons*, un reportaje escrito a partir de los relatos de los soldados y aviadores que habían combatido en la guerra chino-norteamericana a mediados de la década de 1940.

El bolígrafo de Gratton descansaba sobre la mesa junto a la mano del autor.

El gerente de la librería, un hombre atento y claramente incómodo cuyo nombre apenas recordaba Gratton —tal vez fuera Rayner—, estaba de pie junto a él cuando había comenzado la sesión de firma de ejemplares, hacía media hora, pero unos minutos después lo llamaron para que atendiera alguna cuestión. Ahora, Gratton podía verlo en el otro extremo de la librería, aparentemente ocupado con algún problema relacionado con la caja registradora o el ordenador. El responsable de área de su editor, quien se suponía que debía acompañar a Gratton para ayudarlo durante la sesión de firmas, había llamado desde su teléfono móvil para decir que había habido un accidente en la M1 y que llegaría tarde. La librería, situada en una calle lateral pero cerca de la sede central y de las grandes tiendas de Buxton, no estaba muy concurrida. De vez en cuando, llegaban algunas personas bajo la lluvia, miraban curiosamente al escritor y el póster pegado en la pared junto a él en el que se anunciaba la sesión de firmas, pero ninguno de ellos parecía interesado en comprar sus libros. Incluso, uno o dos de ellos se alejaron incómodos al darse cuenta de que él estaba sentado allí.

No había sido así cuando había comenzado a firmar: dos o tres personas habían estado esperándolo, entre ellos un amigo suyo, Doug Robinson, quien, generosamente, había conducido desde su casa en Sheffield para darle apoyo moral. Doug, diciendo que debía reemplazar su viejo y gastado ejemplar, incluso había comprado uno de los libros encuadernados en rústica. Agradecido, Gratton se lo había firmado; lo mismo había hecho con los títulos que habían comprado los otros clientes, pero todos se habían marchado ya. Doug y él habían acordado encontrarse más tarde en el bar The Thistle, dos puertas más abajo en la misma calle. Rayner, el gerente, le había pedido que firmara algunos ejemplares adicionales, para tener en stock, y tres o

cuatro más para enviar por correo a algunos clientes que los habían pedido hacía algún tiempo, pero eso había sido todo. Seguramente, en alguna parte, la gente debía de estar comprando sus libros; su obra tenía buenas ventas. En su campo, Gratton estaba considerado como uno de los principales autores. Sin embargo, pocos de sus lectores parecían haberse dado cita en Buxton en esa lúgubre tarde de lluvia.

Gratton estaba lamentando haberse prestado una vez más a una sesión de firmas. Él ya había acometido similar tarea en el pasado, así que debería haber sabido lo que iba a pasar. Lo que empeoraba las cosas esta vez era el hecho de que había acortado un viaje de investigación en el extranjero para llegar a tiempo al compromiso. En el largo vuelo a través del Atlántico había pasado por varios husos horarios, por lo que, además, estaba cansado por la falta de sueño y se sentía agobiado por el trabajo atrasado que se había ido acumulando mientras estaba fuera. En el humor introspectivo en que se hallaba, de repente recordó a su esposa Wendy, que había muerto hacía dos años. A ella le gustaba aquella librería y acostumbraba comprar allí la mayor parte de sus libros. Él casi no se había acercado a la tienda desde que ella murió. Obviamente, durante ese tiempo había habido algunos cambios: nuevas estanterías y vitrinas, iluminación más brillante, algunas mesas y sillas en las que los clientes podían sentarse a leer.

Cuando todavía faltaban veinte minutos para que acabara oficialmente la sesión de firmas, Gratton vio a una mujer que entraba en la librería; llevaba un gran sobre acolchado bajo el brazo. Echó una rápida mirada a todo el local, vio a Gratton sentado a la mesa y empezó a caminar directamente hacia él. Durante un momento, se miraron el uno al otro. Tanto el pelo como su ropa, lo mismo que el sobre acolchado, estaban empapados por la lluvia. Gratton tuvo la ilusoria sensación de que había visto antes a esa mujer, de que ya se habían encontrado en alguna parte.

—Por favor, quisiera comprar uno de éstos —dijo ella mientras se inclinaba para coger un ejemplar de *The Last Day of War*. Algunas gotas de agua cayeron sobre la mesa—. ¿Lo pago aquí mismo?

—No, deberá llevarlo a la caja —respondió Gratton, sorprendido gratamente al verse por fin haciendo algo—. ¿Le gustaría que se lo firmase?

—Sí, por favor. Usted es Stuart Gratton, ¿no es así?

—Así es —dijo, abriendo el libro y empezando a escribir en la portada.

—Antes de morir, mi padre era uno de sus más ávidos lectores —dijo ella de corrido, mientras él continuaba firmando—. Él pensaba que, al registrar esas experiencias, usted estaba haciendo un trabajo importante.

—¿Le gustaría que le dedicara el libro? Quiero decir, ¿con su nombre?

—No... sólo la firma, por favor. —Ella torció el cuello para ver qué escribía, después dijo—: En realidad, he venido a verle en relación con mi padre. —Hizo un gesto en dirección al póster en la pared junto a él—. Hace unos días estuve en esta tienda y me enteré de que usted iba a venir. Vivo en Bakewell, por lo tanto no debía perder esta oportunidad.

Gratton terminó poniendo la fecha en el libro. Entregó el ejemplar a la mujer.

—Muchas gracias —dijo él.

—Papá también estuvo en la guerra —dijo ella, siempre hablando con rapidez—. Escribió sobre sus experiencias en unos cuadernos de notas, y yo me preguntaba si usted podría estar interesado... —Hizo un gesto indicando el sobre acolchado que había llevado.

—No estoy en condiciones de conseguir que publiquen sus notas —dijo Gratton.

—No se trata de eso. Pensaba que usted podría estar interesado en leerlas. He visto su anuncio.

—¿Dónde lo vio?

—Me lo envió un viejo compañero de armas de mi padre. Él lo había encontrado en una revista llamada *RAF Flypast*.

—Su padre se llamaba Sawyer, ¿no es cierto?

—Sí, eso es. Yo también me llamo Sawyer. Es mi nombre de soltera. Vi su anuncio y pensé que las notas de mi padre podían ser lo que usted estaba buscando.

—¿Y durante la guerra estuvo en el Mando de Bombardeo?

—Sí, justamente. —Empujó el gran sobre en dirección a él—. Mire, debo decirle que yo no he leído las notas. Nunca he podido descifrar su letra manuscrita. Él no hablaba mucho de su trabajo pero se pasaba horas en su habitación, escribiendo sin cesar. Se retiró hace muchísimo tiempo y vivió solo durante varios años, pero al final se vino a vivir conmigo y mi marido. Estuvo con nosotros los últimos dos años y medio de su vida. Siempre estaba escribiendo sus cuadernos de notas. En realidad nunca le presté mucha atención porque su actividad hacía que no lo tuviera encima de mí continuamente. Tal vez usted haya tenido alguna experiencia similar...

—No. Nada parecido. Mis padres murieron hace algunos años.

—Bueno, papá me dijo una vez que pondría todo por escrito, su vida entera, el tiempo que había pasado en la Fuerza Aérea, todo lo que había hecho. Eso era otro inconveniente para mí. La mayor parte de lo que escribió trata sobre la guerra, y ese tema nunca me interesó. Pero entonces me enviaron su anuncio..., así que, bueno, aquí estoy.

Gratton miró el mojado sobre acolchado que descansaba sobre la mesa.

—¿Son los originales? —preguntó.

—No. Los originales son dos docenas de cuadernos escolares, de esos corrientes. Están desparramados en su viejo dormitorio, juntando polvo. Podría dejarle los originales si los necesitara, pero lo que le he traído son fotocopias.

Pensé que si resultaba que el material no le era útil, siempre podría reciclar las hojas de papel.

—Bueno, gracias... humm...

—Angela Chipperton. Señora Ángela Chipperton. ¿Cree que papá es el hombre por el que usted se interesaba?

—Es imposible saberlo hasta que haya leído lo que escribió. Tengo cierta curiosidad acerca de un tema con el que me encontré. Como usted sin duda sabe, Sawyer es un apellido frecuente. Ya he recibido diez o doce respuestas a mi anuncio, pero he estado fuera y todavía no he podido ocuparme de ellas. Leeré las memorias de su padre tan pronto como pueda. ¿Ha escrito una dirección para que pueda ponerme en contacto con usted?

—He incluido una carta de presentación con mi dirección.

—Le estoy sinceramente agradecido, señora Chipperton —dijo Gratton, y se puso de pie.

—Lamento preguntarle esto —dijo ella mientras se daban la mano—, pero hay alguna posibilidad de que... quiero decir, si el material resulta útil para publicar y hay alguna posibilidad de pago, ¿podría yo...?

—Leeré el manuscrito y le haré saber lo que pienso. Pero, en realidad, las memorias de guerra no tienen mucho mercado en estos días, a menos que hayan sido escritas por una persona famosa.

—Verá, cuando vi su anuncio me pregunté si podría ser éste el caso. Para mí, él no era más que papá, pero pienso que tal vez pudo estar involucrado en algo importante durante la guerra.

—No lo creo. Nunca he visto referencias a nadie llamado Sawyer en los trabajos conocidos sobre la guerra. Pienso que él debió de ser sólo un aviador más. Por eso he publicado un anuncio, para tener información, para ver qué puedo encontrar. Es posible que aquí no haya nada. Y, por supuesto, que su padre no sea la persona que busco. Pero

si encontrara algo importante, puede estar segura de que se lo haré saber.

Después de esto, ella se marchó rápidamente, y Gratton reanudó su guardia ante la ventana de la librería.

2

Al día siguiente, Gratton descubrió que el sobre acolchado de la señora Chipperton contenía más de trescientas hojas sin numerar, fotocopias, como ella había dicho, de cuadernos escolares pautados. En las fotocopias, las pautas impresas en el papel habían salido con una intensidad casi igual a la de las palabras escritas, algo que prometía unas cuantas horas de ardua lectura, un riesgo profesional que corren los investigadores de historias populares. La letra era pequeña y al menos parte de ella era regular y clara, pero había varios pasajes en los que se volvía desastrada y era apenas legible. El deficiente fotocopiado de otras partes del trabajo hacía pensar que habían sido hechas con lápiz. Gratton echó un vistazo a algunas de las páginas y luego las devolvió al sobre acolchado. Cogió la carta de presentación y la puso en su archivo de correspondencia. Ella vivía en Bakewell, un pequeño pueblo de Derbyshire al otro lado de Buxton, en la carretera de Chesterfield.

Hasta aquel momento, Gratton había sabido de la existencia de más o menos una docena de oficiales y soldados llamados Sawyer que habían participado en operaciones aéreas contra blancos alemanes en el Mando de Bombardeo de la RAF durante la década de 1940. Casi todos esos hombres ya habían muerto, y unos pocos de ellos habían dejado alguna carta o fotografía que daban testimonio de sus experiencias. Gratton ya había podido eliminar la mayor parte de esos testimonios. El resto necesitaba ser investigado más minuciosamente. El escrito del padre de la señora

Chipperton parecía prometedor, pero la mera extensión del texto era desalentadora.

Gratton puso el sobre acolchado sobre la pila junto a su escritorio. Más tarde leería todo el material. La mayor parte de él, que le había sido enviado en respuesta al anuncio sobre la indagación Sawyer, le estaba esperando a su regreso del extranjero, un trabajo adicional que debería haber previsto. Esta vez, su viaje había sido largo y provechoso; había conseguido varias entrevistas y una buena cantidad de material de archivo, aunque para eso había sido necesario viajar bastante: primero a Colonia, Frankfurt y Leipzig; después, de Alemania a Bielorrusia y Ucrania —Brest, Kiev y Odessa—; luego hacia el norte, a Suecia; finalmente, diez tensos días en Estados Unidos, visitando Washington DC, Chicago, St. Louis, acosado por suspicaces agentes cada vez que subía a un tren transcontinental o, cuando cogió un avión para un breve vuelo interno, al pasar por un aeropuerto. Para los visitantes extranjeros, era cada vez más difícil viajar dentro de Estados Unidos, en parte debido a las restricciones generales, pero sobre todo por la extendida desconfianza que despertaba cualquier persona llegada desde Europa. Para Gratton éste era otro riesgo profesional que debía asumir, pero los grandes retrasos ocasionados por las autoridades aduaneras y de inmigración norteamericanas cada vez que se entraba o salía de Estados Unidos se habían convertido en una importante molestia. Aparte de las cada vez más dificultosas condiciones de viaje, sus investigaciones implicaban la coincidencia de sus itinerarios con los más usuales entre los jubilados, cada día más numerosos, y sus viudas e hijos adultos.

Sin embargo, también era gratificante comprobar cuán necesario continuaba siendo su trabajo. Además de la montaña de cartas y paquetes que le esperaba en el vestíbulo a su regreso, había varios cientos de correos electrónicos acumulados en la bandeja de entrada de su servidor y una buena cantidad de mensajes en el contestador telefó-

nico. Muchos de esos mensajes sonaban irritados debido a que las personas que los habían dejado no habían podido contactar con él por su teléfono móvil: según cómo se mirara, era una ventaja que los móviles europeos todavía fueran inútiles en Estados Unidos, mientras la desregulación continuaba en debate.

Contento de estar en casa y libre para trabajar una vez más, Gratton dedicó dos días a poner sus cosas en orden. Etiquetó y fichó las cintas más recientes, luego las empaquetó para enviarlas a la agencia de transcripción. Mientras hacía esto, volvió a ver el enorme manuscrito de Sawyer. Se sentía tentado de leerlo por lo que había vislumbrado de lo detallado de ciertos pasajes. A largo plazo, ahorraría tiempo si encargaba a algún profesional que se ocupara de transcribir el escrito; la agencia con la que trabajaba tenía a alguien especializado en descifrar documentos hológrafos. Después de haber pensado en esa alternativa ya no había vuelta atrás. Escribió a la señora Chipperton y le pidió que le mandara los cuadernos originales. Incluyó en el sobre un documento formal de derechos de publicación, que le permitía encargar la realización de la transcripción y, en caso de que fuera necesario, la eventual utilización de citas extraídas del original.

Todo esto le hizo pensar otra vez en el problema Sawyer. En su cuarta mañana en casa, se sentó ante el ordenador y, con mucho cuidado, redactó una carta para uno de sus antiguos entrevistados.